**Pentecostés**

 ***By Heidi Regier Kreider, WDC Conference Minister, May 25, 2020***

La próxima celebración de Pentecostés (el 31 de mayo) nos invita a reflexionar sobre Hechos 1-2 y la promesa de Jesús, “recibiréis poder cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros; y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra.”

Normalmente, lo que me llama la atención en esta historia son los signos dramáticos de viento y fuego que indican la presencia del Espíritu Santo. Pero ahora, varios meses después de la pandemia de coronavirus y el distanciamiento social, lo que noto en esta historia son todas las reuniones que tienen lugar: Hechos 1: 12-13 dice que después de la ascensión de Jesús, sus seguidores regresaron a Jerusalén y “subieron al aposento alto donde estaban hospedados”, y nombra a los once discípulos restantes que estaban presentes. Luego, Hechos 1:15 dice que “Por aquel tiempo Pedro se puso de pie en medio de los hermanos (un grupo como de ciento veinte personas estaba reunido allí)”, y les habló. En Hechos 2: 1-6, “Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos juntos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso que llenó toda la casa donde estaban sentados, y se les aparecieron lenguas como de fuego que, repartiéndose, se posaron sobre cada uno de ellos. Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba habilidad para expresarse. Y había judíos que moraban en Jerusalén, hombres piadosos, procedentes de todas las naciones bajo el cielo. Y al ocurrir este estruendo, la multitud se juntó; y estaban desconcertados porque cada uno los oía hablar en su propia lengua.”

¡Cada reunión fue más grande, desde 11 discípulos, hasta 120 seguidores de Jesús, hasta una multitud innumerable de buscadores curiosos! Hace varios meses, estos detalles pueden no haber parecido inusuales. Dimos por sentado que podíamos reunirnos en un solo lugar para escuchar las voces naturales de la prédica, la oración y el canto, para estrechar las manos y ofrecer abrazos, para partir el pan y pasar la copa juntos, para enviar una canasta de ofrendas por las filas, para sentir el agua del bautismo y la imposición de manos.

De hecho, la fe y el culto de los cristianos son encarnados. Jesús, la Palabra de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros. La Iglesia es ahora el cuerpo de Cristo en el mundo, animada por el aliento del Espíritu de Dios. “Iglesia” no es solo una idea sobre la cual hablamos, información para conocer o un video para ver. Es una comunidad de personas que viven, respiran, tocan, comen y trabajan. Percibimos la presencia de Dios, nuestros semejantes y el resto de la creación de Dios a través del olfato, el tacto y el gusto, la vista y el sonido (… no todo puede ser mediado electrónicamente, a pesar de las maravillas de la tecnología).

Mientras seguimos viviendo con distanciamiento social y precauciones debido al coronavirus, me doy cuenta de nuevo de qué tan grande es el regalo y la bendición de estar “juntos en un solo lugar”. Estoy agradecida por la base de la unión que tenemos: las relaciones, las experiencias, las historias y las tradiciones previas que nos fundamentan en la realidad encarnada de ser la Iglesia. Lamento que no podamos compartir completamente todas las ricas dimensiones de eso en este momento. Lamento que, para algunos en nuestra sociedad, las conversaciones sobre la “reapertura” y la reanudación de las reuniones de la iglesia se hayan politizado y polarizado, reducido a una controversia sobre los derechos legales, las regulaciones y la superioridad moral.

Las buenas nuevas de Pentecostés es que el poder del Espíritu de Dios – como el fuego y el viento – trasciende nuestras barreras físicas, la distancia social y la política insignificante. Atraviesa las diferencias culturales y la distancia geográfica, quema las desigualdades económicas y raciales; nos une a aquellos que conocemos y amamos, y también invita a nuevas conexiones que nunca antes habíamos imaginado. Aun cuando anhelamos reunirnos nuevamente, que el Espíritu nos permita formas nuevas de compartir la Palabra viva de Dios y ser el Cuerpo de Cristo en el mundo de hoy.